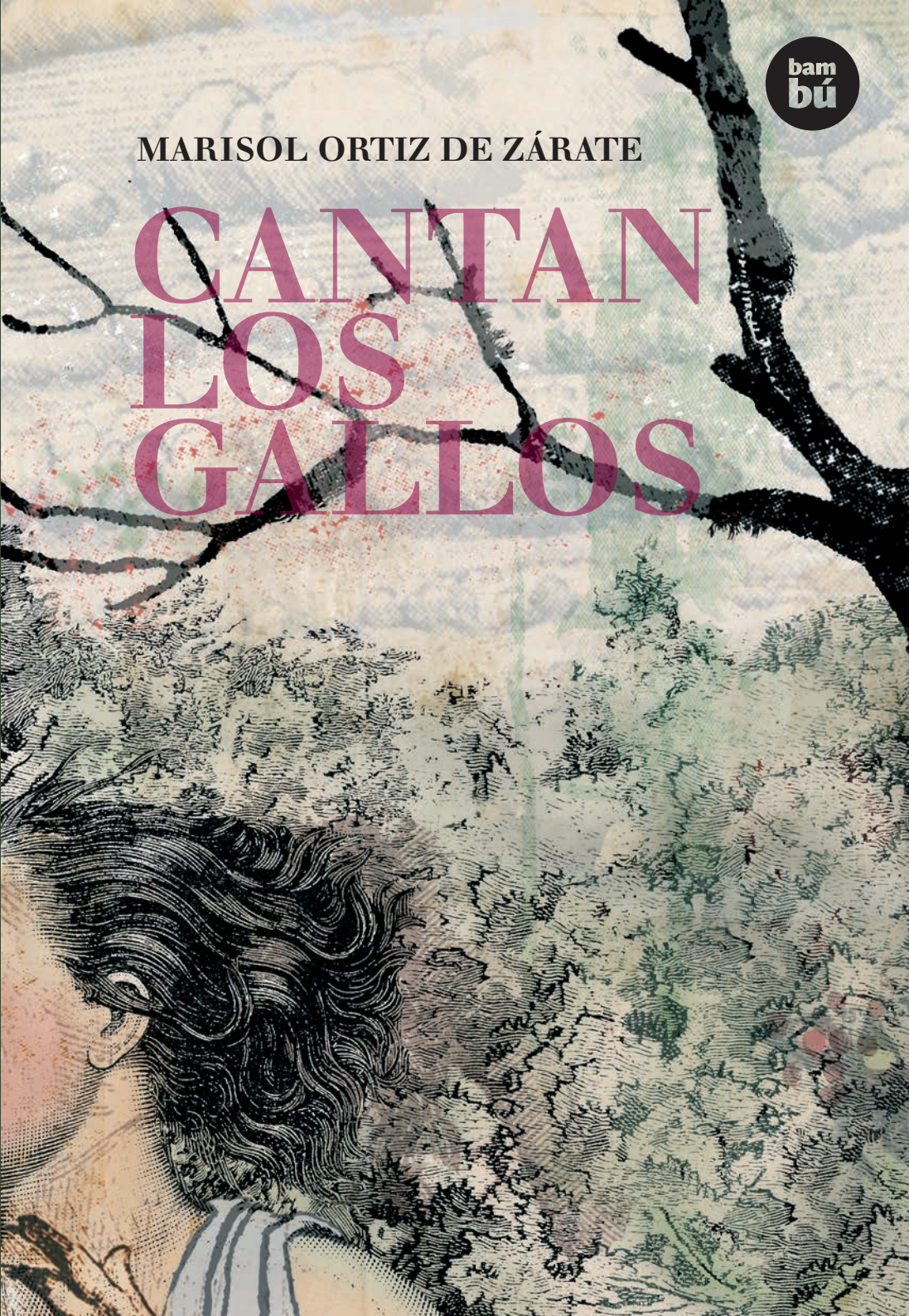


A circular logo with the text "bam" above "bú" in a sans-serif font.

bam
bú

MARISOL ORTIZ DE ZÁRATE

The background of the cover is a textured, painterly illustration. It features a dark, gnarled tree branch extending from the top right towards the center. Below the branch, there are dense, dark, swirling shapes that resemble foliage or a crowd. The overall color palette is muted, with greens, browns, and greys, accented with some red speckles.

CANTAN LOS GALLOS

Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, SA

© 2011, Marisol Ortiz de Zárate

© 2011, Editorial Casals, SA

Tel. 902 107 007

editorialbambu.com

bambulector.com

Diseño de la colección: Miquel Puig

Ilustración de cubierta: Pere Ginard

Primera edición: julio de 2011

Primera edición en este formato: enero de 2025

ISBN: 978-84-8343-998-2

Depósito legal: B-1203-2025

Printed in Spain

Impreso en Anzos, SL, Fuenlabrada (Madrid)

El papel utilizado para la impresión de este libro
procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Capítulo 1.º

Melusiana y La Nena llevaban huyendo mucho tiempo. ¿Cuánto? La Nena no se acordaba. Haciendo un cálculo retrospectivo y en vista de su cansancio, ella pensaba que más o menos desde siempre. La realidad no era exactamente así, pero La Nena no tenía muchos años y sus recuerdos se agotaban pronto.

La huida había comenzado semanas atrás, o tal vez meses, cuando Melusiana tuvo que empezar a esconderse. Al principio tan solo fue eso, esconderse; hoy aquí, mañana allá; unas veces refugiada en alguna casa amiga, otras en los bosques tan conocidos por ellas, o en las grutas que se desperdigaban protectoras por las laderas de los altos montes pirenaicos de su bellísima Navarra. Algunas otras personas se escondían también. Eran por lo general asaltadores de caminos, estafadores, ladrones de ganado, y Melusiana, cuyo único delito era sanar cuerpos enfermos, tenía

que mezclarse con ellos. Cuando pasaba el peligro salía, regresaba con La Nena y reanudaban ambas la vida normal, aunque no por mucho tiempo.

Y cierto día, cansada de tanto ocultarse, Melusiana dijo «basta». Cargó un hatillo y dos alforjas con las pocas cosas que poseían y partieron rumbo al sur, donde se sintieran menos presionadas.

Ahora caminaban por tierras de Castilla. Para dejar Navarra atrás habían recorrido a pie toda su extensión, montañosa y agreste en el norte, donde las grandes masas forestales las cobijaron; más suavizada en el sur, comiendo a su paso hortalizas y frutos de su fértil huerta. Habían atravesado el río Ebro (frontera natural entre Navarra y Castilla) por uno de sus viejos puentes; habían cruzado sin apenas dificultad la línea de aduana que separaba ambos reinos y habían sorteado por los valles las empinadas montañas Ibéricas. Tras todo ello y exceptuando la aparición esporádica de suaves collados y lomas, los caminos se volvían planos y monótonos, transformando el paisaje por completo.

Anocheceía y debían buscar un lugar donde dormir. La primavera continental, fría y seca, que dejaba atrás un crudo invierno, se colaba con sus agujas penetrantes por cada uno de sus poros, y después de haber caminado durante toda la jornada ya no notaban los pies.

Una pequeña caseta de madera y paja parecía abandonada allí, a lo lejos. Se acercaron. Podía ser un pajar, un silo o simplemente un establo, daba igual, porque al abrir la puerta comprobaron que estaba vacía. Además quedaba

lejos del pueblo al que pertenecía y Melusiana y La Nena se miraron esperanzadas; con un poco de suerte esa noche dormirían a cubierto, lo que no era precisamente habitual.

Melusiana y La Nena entraron. La ausencia casi total de agujeros o ventanas (salvo un pequeño orificio de ventilación y la reducida puerta), hizo que tuvieran que examinar el recinto casi a tientas. Nada había allí, o al menos nada con vida. Solo un fuerte olor a ganado impregnaba el ambiente haciéndolo espeso y fétido, y tal vez peligroso.

–No te quites el calzado –aconsejó Melusiana–, será más prudente dormir con él.

El *calzado* se componía de un gran número de tiras de paño anudadas alrededor de los pies y recubiertas por sencillas alpargatas de cáñamo trenzado.

–¿Por qué? –preguntó la niña–. ¿No estamos seguras?

Melusiana olisqueó el aire con su olfato prodigioso.

–Puede que no, aquí han guardado ganado recientemente y en cualquier momento pueden volver. No me gustaría salir corriendo descalza. En cuanto se anuncie el sol, partiremos.

La mujer y la niña se acomodaron y comieron de las provisiones que guardaban en una de las alforjas: pan seco, queso rancio, agua de un pellejo. Qué rico sabía todo con hambre, ni siquiera molestaba el fuerte olor de la paja pisoteada y manchada de excrementos de animales. Luego La Nena se acurrucó en el suelo y recostó su cabeza sobre el estómago tibio de Melusiana. Los pies ya no le dolían, poco a poco habían entrado en calor.

Melusiana le deshizo las trenzas y mientras llegaba el sueño le acariciaba las crenchas onduladas de cabello. Era

cobrizo, salvo una mecha rubia que partía de la frente dibujando una pincelada de luz.

—Cántame esa canción para dormir que me cantabas de pequeña, Melusiana.

Melusiana tenía una voz áspera que, curiosamente, se suavizaba y dulcificaba cuando cantaba.

*Cantan los gallos,
yo no me duermo
ni tengo sueño...*

Melusiana repetía una y otra vez esta sencilla estrofa, cambiando en cada ocasión de tonadilla. Bien agudizaba las notas en ascendencia gradual, como agravaba la voz o estiraba las vocales dando a la canción cadencia de salmo.

Era excepcional que llegando a la segunda repetición La Nena aún se mantuviera despierta.

A la mañana siguiente, en cuanto el sol despuntó, reanudaron la marcha. Decidieron tomar una ancha cañada que discurría en muchos trechos paralela a un camino principal, lo más aconsejable para eludir salteadores. Y lo más cómodo también, teniendo en cuenta el carácter hospitalario de las gentes de aldea que transitaban las cañadas y que facilitaría que acaso algún alma caritativa se apiadara de dos mujeres caminando solas y les ofreciera viajar en carro.

—En unas pocas jornadas nos ponemos en Valladolid —dijo Melusiana escudriñando el horizonte—. Puedes creerme, ¡lo huelo!

La Nena se quejaba, protestaba, preguntaba a cada poco:

–¡Ay! ¿Cuánto queda para llegar?

Normalmente Melusiana contestaba: «Poco, mi niña, poco», pero ahora consultó su tosco mapa, elaborado por ella sobre un pergamino, seguramente con la ayuda de algún amigo aficionado a la cartografía.

–Apenas diez o doce leguas –resolvió al cabo de un rato.

La Nena calculó en silencio.

–Dos días de camino entonces.

–O tres, a más tardar. Depende de la marcha. –Luego se rascó aparatosamente la cabeza hurgando con sus dedos bajo la toca que, anudada alrededor de su cabello a la manera montañesa, le confería el distintivo, sin serlo, de una mujer casada–. Allí descansaremos en condiciones, hija. Nos lavaremos y despiojaremos a placer.

La Nena se rio de buena gana y como presa de contagio, se rascó ella también.

Melusiana y La Nena se dirigían a Cádiz, al sur. Allí no existía el invierno. Tampoco el viento gélido que arañaba la cara, ni la nieve (la horrible nieve) que ocultaba los caminos bajo su helado tapiz. Las mujeres vestían ropas multicolores de telas ligeras y además, en Cádiz, estaba el mar. Melusiana ya lo conocía. Una vez lo había visto, tan solo, y no era el mar de Cádiz, sino otro similar, pero no paraba de alentar los ánimos de La Nena hablándole de sus prodigios.

A menudo le decía:

–Cuando estemos en el mar, tiraremos esas viejas alpargatas que te aprietan y las olas te mojarán los pies. Has de

saber que allí las niñas van descalzas y llevan ajorquitas de oro reluciente en los tobillos.

O bien:

—En cuanto sientas la arena caliente, oye esto bien, pequeña, en cuanto la sientas en un primer contacto, el cielo bajará a tus pies y todos tus dolores desaparecerán porque ellos son producidos por este condenado frío montañero.

La Nena imaginaba Cádiz como un paraíso de luz y calor y no creía que hubiera nada en el mundo que fuera mejor que el mar.

Poco a poco se iban acercando a Valladolid y al hacerlo, extensos campos de cultivo, muchos en barbecho según el sistema de «año y vez», surgían junto a pastos y páramos de encinares. Cierto es que la cañada estaba resultando cómoda, ancha como era, y llana, muy llana. Sin embargo ningún carretero se dejó ver en el trayecto. Solo pastores de andar parsimonioso que con el cayado en la mano y la zamarra de piel sobre los hombros trashumaban con sus rebaños. Ocasionalmente se toparon también con algún peregrino que caminaba en dirección contraria, vía Burgos, para tomar allí la ruta de Santiago. Con los pastores se saludaban y a veces intercambiaban algunas palabras, siempre pocas, pues Melusiana era desconfiada por naturaleza y prefería el silencio que le garantizaba discreción e independencia, a una conversación, si no amiga, cuando menos entretenida.

La Nena en cambio odiaba la soledad, se le hacía dura e insoportable. Ella era alegre y comunicativa y siempre estaba dispuesta a entablar nuevas relaciones.

–No me gusta que hables con desconocidos, niña –la reprendía a menudo Melusiana–. Estamos viviendo situaciones inciertas y engañosas. La gente miente, falsea su identidad, disimula. Nunca sabes con quién te puedes topar.

La Nena rara vez se rebelaba.

–Sí, Melusiana.

–Y recuerda que nos persiguen; ea, no estamos aquí de feria.

–No, Melusiana.

–¿Te has olvidado ya de la Ludmila? ¿Y de la Micaela? Pobres. Buena tierra las cubra. Aunque ¿a qué sanadora no se le muere un enfermo? Pero me dijeron bruja y ahora tú y yo tenemos que escapar y que pagar por ello.

–Tienes razón, Melusiana, lo tendré en cuenta.

–Que nunca se te vaya esto de las mientes. Hay mucha gente ignorante, supersticiosa, y cuando el diablo no tiene nada que hacer, con el rabo mata moscas, así lo decía mi abuela. Y cuando estemos seguras en Cádiz y te asalte la tentación de intimar con mozos o mozas de la ralea que fueren, recuerda por qué huimos y todo lo que estamos pasando por huir; quizá así consigas mantener quieta la lengua.

La Nena sonrió, porque siempre le hacía gracia lo del diablo y el rabo y las moscas.

–Sí, sí, de acuerdo. Por la memoria de mis difuntos que no lo olvidaré.

–Bendita la tierra que los tapa –concluyó Melusiana con enorme seriedad, y dieron por finalizada la charla.

Capítulo 2.º

Melusiana había dicho «basta» dos o tres semanas atrás, cuando las graves acusaciones de sus vecinos se hicieron especialmente hostigadoras.

La cosa había sucedido así: con un intervalo de tiempo de tan solo tres días, dos mujeres habían muerto en sus manos, dos mujeres jóvenes y robustas, que aparentemente no presentaban peligro. Una de parto, la Ludmila; la Micaela de disentería. Se le fueron cuando intentaba ayudarlas con sus remedios de herbolaria, los únicos que conocía y con los que se ganaba la vida. No eran sus primeras defunciones ni hubieran sido las últimas entre una población insalubre con falta de higiene endémica, donde las personas y las bestias compartían suelo y respiraban aire común. Pero dos defunciones en tres días... Melusiana, además, no era demasiado popular entre sus vecinos, tenía fama de oculista, de rara, y el pueblo entero la sentenció. La maldije-

ron, la llamaron bruja, inventaron algunas cosas sobre ella y exageraron otras, las calumnias corrían de boca en boca, crecían como la masa del pan, se multiplicaban. Aquello trascendió a la autoridad local, formada al fin por los propios vecinos del pueblo, y más tarde a la comarcal y a la de distrito; su mala fama traspasó fronteras. Fue por aquella época, por tanto, cuando Melusiana tuvo que empezar a esconderse, desaparecía durante los días que se presentaban peligrosos y La Nena la esperaba en la fría casa de piedra, con el miedo y la incomunicación como únicos compañeros. Sola. Aterida y sola. No encendía el fuego, no salía a la calle, apenas se alimentaba. Por eso Melusiana, cansada de tanto esconderse, cierto día dijo «basta».

Pero ahora de pie, mirando de frente la extensa y deforestada meseta castellana, se preguntaba si había hecho lo correcto arrastrando a la niña inocente con ella.

–Apura el paso hija, o no llegaremos nunca a Valladolid.

Melusiana y La Nena procuraban caminar juntas, al paso. Con frecuencia se enzarzaban en largas y sencillas conversaciones. Si la niña se rezagaba, la mujer le tendía una mano y cargaba con su alforja para aligerarle peso. Otras veces, para que La Nena se olvidara del cansancio, Melusiana le contaba historias, historias de sus antepasados o de los antepasados de otras personas, historias en las que la realidad y la imaginación tenían una presencia semejante.

–Cuéntame una historia, Melusiana –pedía la niña con voz apagada.

–Oh, sí, por supuesto. ¿Cuál quieres?

—Cualquiera. La que tú prefieras.

La mujer meditaba unos instantes, luego se aclaraba la voz y adoptaba pose de oradora. Muy a menudo contaba la historia de su abuela, egregia sanadora de fama reconocida en todo el valle e incluso en valles colindantes, que enseñó a Melusiana cuanto sabía del oficio de herbolaria. Y a la abuela se lo enseñó su propia abuela, y a esta la suya, y así sucesivamente a través de tantas generaciones alternas de antepasadas que heredaban el don de sanar y después, en contacto permanente con la naturaleza, los conocimientos necesarios para ello.

—Fui separada a los nueve años de mi madre y de mis seis hermanas —contaba Melusiana—, todas mujeres, y adiestrada en el arte de las sanadoras. Sí, ya sé lo que estás pensando, que si no sentí dolor al dejar a mi madre y a mis hermanas. La respuesta es no, querida niña, y no porque no las quisiera, sino porque mi futuro estaba marcado y designado desde mi nacimiento —y aquí, Melusiana, se ahuecaba como un pavo—. Sí, mi abuela fue mi maestra. ¡Y qué maestra! En cien años que viva no encontraré otra igual, ni tampoco una mujer de su talla. Cuando acudía a sanar siempre llevaba consigo una faltriquera de hule, muy desgastada, en la que guardaba algo misterioso. Olía a tierra, te lo aseguro, ya conoces mi olfato. Yo tenía prohibido tocarla. Y cuando le preguntaba por su contenido ella contestaba que no me lo podía decir porque aún no había llegado el tiempo de los legados. Pero vayamos a la historia. Veamos: corría el año... bueno, tú acababas de nacer, así que hace ahora doce años de eso. Sucedió que en el

valle vecino hubo por entonces un brote de tifus. Terrible, querida niña, brutal. Mi abuela fue allí, la reclamaron para sanar, su fama era muy grande. Yo no la acompañé porque tenía que cuidar de ti y era la primera vez desde que estaba con ella que mi abuela marchaba sola. También era la primera vez que se olvidaba la faltriquera en casa, nunca supe por qué. Estuvo varias semanas en el valle. El tifus se propagaba con rapidez alarmante y para colmo los niños venían al mundo sin parar. Mi abuela no daba abasto. Un día empezó a sentirse mal, con fuertes dolores de cabeza y fiebre. Estaba poniendo emplastos de flor de saúco a una enferma, para hacerla sudar como ya sabes, y los familiares de la casa, al notar su fatiga y los escalofríos, quisieron apartarla de allí para que descansara y se repusiera, pero ella respondió que de la cabecera de aquel lecho solo la sacaban con su trabajo terminado o muerta. A los pocos días apareció la erupción, se había contagiado. Me la devolvieron en un carro, casi inconsciente, no era ni la sombra de lo que fue. Venía a morir a casa. Pero tuvo tiempo de explicarme el misterio de la faltriquera: «Esta faltriquera guarda tierra de la sepultura de mi difunta abuela –me dijo con aquella voz extenuada que no logro olvidar–. Es un amuleto. Llevarla conmigo me ha evitado no pocos contagios. Ahora tú debes extender esta tierra sobre mí, cuando muera, para que mi espíritu se una al de mi abuela y me acompañe en el viaje final. Y a cambio llenarás la faltriquera con tierra de mi sepultura. Y darás orden de que hagan lo mismo a tu muerte. Será tu talismán. No lo olvides, tu talismán. Llévalo siempre contigo, te protegerá».

»Quise preguntarle por qué en el que fue su último trabajo no llevó la faltriquera, pero no dio tiempo, murió. Se me ocurren varias razones para justificar lo que hizo: que tuvo un despiste; que yo ya no estaba sola en la vida, pues te tenía a ti y por lo tanto no la necesitaba; o que se sentía mayor y muy cansada y quiso poner fin a su vida de manera digna. Cualquiera de estas repuestas puede valer. O ninguna. Mientras la enterraban yo te apretaba a ti contra mi cuerpo, y cegada por el llanto y la pena juré recordar siempre su memoria. No olvidé el ritual que me había encomendado y aunque lo hice a oscuras, muy de noche, acaso alguien me vio y eso engrosaría en buena medida mi ya funesta leyenda.

Melusiana siempre terminaba más o menos de la misma forma el relato, mostrando la faltriquera, y con frases casi idénticas que ella, además, sabía dramatizar.

La Nena se sorbió una lágrima. Una oscura historia, pero decididamente su historia predilecta.

Lejos aún, pero nítida y soberbia, se apreciaba la silueta de Valladolid.

Capítulo 3.º

Se había echado la noche cuando llegaron a Valladolid y accedieron a su interior por la puerta norte. Teas y antorchas iluminaban precariamente las calles y en diversos rincones ardían pequeñas hogueras. Todo ello producía sombras y claroscuros fantasmagóricos, pero esa fue la primera impresión de la villa que Melusiana y La Nena recibieron.

Nada más entrar se toparon con una casa de postas en la que los relinchos de los caballos alborotaban a una hora que debería ser tranquila.

–Vamos, hija, vamos –dijo Melusiana tirando de la niña que se sentaba en cualquier piedra saliente que encontraba–. Aquí nos darán información sobre fondas o casas de huéspedes. ¿Te imaginas una rica cena y un barreño lleno de agua calentita? ¿Y qué me dices de una cama limpia y mullida?

–¿Pero existe realmente todo eso? –respondió La Nena, exagerando.

Melusiana llamó a la puerta de la casa de postas, golpeando ruidosamente la aldaba. Abrió una desaliñada mujer, gruesa y achaparrada como un añejo tocón, vestida con una saya de dos piezas de calidad tan inferior que a su lado la ropa de Melusiana parecía incluso buena. Lo cual ya era ser inferior. Llevaba en la mano una lámpara de aceite.

–Buscamos una fonda, un lugar donde dormir –dijo Melusiana después de realizados los saludos–. Pararemos una noche o dos, lo necesario para reponernos y reanudar viaje.

–Si vuestras mercedes no tienen inconveniente, pueden pernoctar aquí –ofreció educadamente la mujer gruesa y baja–. Aparte de casa de postas, esto es también posada–. Y señaló, sacando el cuerpo hacia fuera, un letrero clavado en la pared que lo indicaba y que con la oscuridad habría sido imposible ver.

Melusiana y La Nena se dirigieron una rápida mirada. La posada en cuestión no ofrecía buen aspecto y ellas, después de tantos días de precariedad forzada, habían planeado algo mejor, pero no eran remilgadas y además, tampoco estaban en situación de serlo.

–Tengo cocina de leña encendida y caldero de potaje al fuego –añadió la mujer–. Puedo también, si lo deseáis, ofrecer os un buen vino para beber.

Aquello terminó de convencerlas. Si el sueño y el cansancio eran grandes, no digamos el hambre.

En menos de lo que se tarda en decirlo ya tenían adjudicada una alcoba y ahora cenaban en una mesa de madera, amplia, con bancos corridos y en compañía de varios comensales más. Melusiana los observaba detenidamente con

sus ojos intuitivos mientras compartía con ellos el potaje a base de legumbres y carne que la mujer de la posada ofrecía, y mientras bebía de aquel sabroso vino sin mezclar con agua propio de la zona. Parecían gente inofensiva, simples viajeros que paraban en la posta para cambiar su caballo fatigado por otro fresco y recién alimentado, nada que temer.

—Ah, Leona, tu casa daría asco si no fuera por este magnífico vino ante el que me descubro —dijo uno.

La tal Leona no hizo ningún comentario.

—¿Cómo va tu marido? ¿Sale o no sale adelante de su enfermedad?

Leona arrugó el ceño.

—No, maldita sea. Por mi vida que no sé qué le está mirando. Hasta un físico de Tordesillas le ha visto, pero lo suyo no remite.

El grupo entero se enzarzó entonces en una conversación sobre la salud del marido de Leona.

Melusiana también participaba de la charla aunque más oyendo que hablando, dada su habitual prudencia y dado también su limitado conocimiento del idioma castellano.

—¿Y qué decís que tiene? ¿Abscesos? ¿Calentura? —preguntó con indiferencia, solo para no parecer desconsiderada.

—Sí, de todo —respondió la mujer abatida—. Y lleva semanas así. A veces parece que mejora un poco, pero enseguida le ataca una nueva recaída.

—Mi ama sabe curar, ¿verdad Melusiana? —exclamó La Nena de pronto—. Seguro que puedes reconocerle...

El puntapié que la niña recibió por debajo de la mesa hizo que enmudeciera de golpe, y debido al dolor intenso

le brotó una lágrima que ella se dio prisa en retirar con el puño cerrado.

–¡Oh! –dijo entonces Leona acercándose a Melusiana–. ¿Es eso verdad? No sabéis lo que agradecería...

–No, no es verdad –contestó Melusiana secamente–. La chiquilla exagera.

La Nena ahora callaba como una muerta. El resto de los comensales miraba a las dos mujeres con curiosidad descarada mientras masticaban y tragaban pedazos de carne. Leona insistió. Casi suplicaba cuando dijo:

–Por favor, señora, estoy desesperada, probaría cualquier cosa.

–He hablado en serio. No puedo ayudaros, lo siento.

Melusiana se levantó de la mesa; La Nena detrás. Qué otra cosa debían hacer si habían terminado su cena. Costaba esfuerzo abandonar el banco corrido, tan pesado y recio que parecía clavado al suelo. Y luego sortear comensales repantigados que no parecían dispuestos a colaborar. Pero lo consiguieron.

–Si nos disculpáis... –dijo Melusiana antes de abandonar la estancia, que era zaguán, cocina y sala, todo a la vez–. Buenas noches.

Nada más entrar en la alcoba que les habían designado, La Nena rompió a llorar. Melusiana no pensaba consolarla, no inmediatamente al menos. Se había ido de la lengua, y eso, en su situación, era grave, muy grave.

–¡Sanadora, partera, bruja...! ¡Qué más da! ¡Para la gente ignorante todo es lo mismo! –farfulló agitando los brazos al aire.

Luego, algo más calmada, abrió su alforja y extrajo de su herbolario unas ramitas de espliego que se acercó a la nariz, inspirando.

–Esto no es lo que se dice un palacio –comentó desnudándose–, y además huele a rayos, pero la cena ha sido cena y la cama, bien se ve que es cama– y hundió las manos en ella para comprobar su comodidad–. El barreño de agua caliente tendrá que esperar –luego se dirigió a La Nena–: ¡Oh, vamos! ¿Vas a dejar de llorar? Anda, acércate, siéntate a mi lado.

La Nena obedeció. Melusiana comenzó a desabrocharle el vestido y a deshacerle las trenzas. Después, metidas en la cama, la mujer procedió a contar su dinero, unas pocas monedas al fin, que guardaba en una bolsita de cuero.

–Cuartos y ochavos de vellón.... Algún que otro maravedí y dos reales de plata. ¡Bah! Nada de valor; puede decirse que nada.

Hacía un rato que La Nena había dejado de llorar, pero todavía hipaba compungida, y en silencio seguía con los ojos los movimientos de Melusiana. Ahora la mujer buscaba algo entre lo más profundo de sus carnosos pechos y al encontrarlo se le trazó en la cara una amplia sonrisa.

–¡Ajá! Aquí está: nuestro tesoro –dijo mostrando una gruesa y dorada moneda–. Media onza de oro, querida niña, todo un capital. Los ahorros de una vida. La he mantenido escondida por los robos, ya sabes. Pensé que era más prudente llevar el dinero en una sola pieza pero ha llegado la hora de utilizarlo y mañana buscaremos un banquero para que nos la fraccione. Debemos equiparnos un poco antes

de proseguir viaje. ¿Nos alcanzará para llegar al sur? Oh sí, supongo que sí, e incluso para abrirnos camino y comenzar una nueva vida. Son muchos maravedíes media onza de oro. Claro que, tendremos que limitar los gastos, habremos de ser comedidas. ¿Cuántas semanas tardaremos en llegar a Cádiz? ¿Cinco tal vez? Ah, Cádiz... He oído decir que allí se cultivan sicómoros traídos del lejano Egipto para el alimento de los gusanos de seda. ¡Seda! ¿Habrán tocado tus manos algo más delicado? Pues bien, querida niña, lo primero que tendrás cuando lleguemos al sur es una sayita de seda con cuentas de colores y abalorios de terciopelo.

Melusiana guardó la media onza de oro en la bolsa de cuero, junto a las otras monedas menores, con la intención de fraccionarla al día siguiente, según había planeado, en la casa de un banquero. Luego la mujer y la niña se dispusieron a dormir muy juntas, como siempre, para reunir en la medida de lo posible, calor.

Se levantaron tarde. La alcoba de la posada, un cuchitril irregular de paredes mohosas y mal encaladas, no tenía ventana y ellas estaban acostumbradas a despertarse con los primeros rayos de sol. Se vistieron y salieron al zaguán. Leona recogía la gran mesa que hacía un rato había sido utilizada, pero nadie quedaba ya en la casa, salvo ella y el marido enfermo en una habitación contigua que ahora se dejaba ver por estar la puerta entreabierta. De allí salían quejidos tan agudos que quebrantaban el ánimo.

26 No pudo ignorarlo Melusiana y le dirigió una rápida mirada al pasar junto al umbral, comprobando que, como

había dicho Leona durante la cena, el aspecto del marido era lamentable. Luego se despidieron de ella hasta la noche y salieron.

Lo primero que supieron de Valladolid fue que no era tétrica ni fantasmagórica como en un principio imaginaron, sino alegre, abarrotada de gente y de casas, y llena de luz. Pasearon un buen rato, no tanto por encontrar un banquero como por explorar *la muy noble y rica villa*¹, o algo así había oído Melusiana sobre ella, ahora no recordaba dónde. Pronto descubrieron que estaba regada por dos ríos que en cierta forma la circundaban; ancho y caudaloso uno, llamado Pisuerga; más estrecho el otro, la Esgueva, pero de aguas límpidas que propiciaban buenas huertas y pastos a su alrededor. Este pequeño río favorecía además la limpieza de Valladolid, pues tres brazos salían de él y buscando su desembocadura en el Pisuerga, atravesaban la villa transversalmente, atenuando con su curso constante algo de la suciedad y los malos olores que como cosa natural se producían.

En la judería, al norte de la villa y muy cerca de la casa de postas, pasearon extasiadas por sus populosas y apretadas callejuelas, gremiales la mayoría, donde se respiraba una intensa actividad comercial. Herreros golpeaban el metal ardiente en el yunque, tintoreros coloreaban pieles con cochinilla, grafito o corteza de alcoroquite; los panaderos amasaban la harina hinchada de levadura que lue-

1. Valladolid no fue proclamada ciudad hasta unos años después, durante el reinado de Felipe II, que, según D. Juan Antolinez de Burgos en su *Historia de Valladolid* la ennobleció con el título de ciudad.

go sería pan. En una de esas calles un grupo de personas convertía, siguiendo los pasos paulatinos, un vellón de lana recién esquilado en su producto final, es decir, en paño, y La Nena se rezagaba mirando aquello con la curiosidad desbordada de un neófito.

–Estamos en tierra de ovejas, de lana –sentenció Melusiana doctamente–. ¿No te has fijado al venir en las dehesas y en los páramos?

Es posible que en la judería hubieran encontrado algún banquero, pero ahora Melusiana y La Nena, con los sentidos perturbados por el gozo, era en lo último que pensaban.

Un poco más al sur, cruzando dos de los brazos del río Esgueva, se toparon con un mercado. Era un mercado grande y variado, mercado de villa principal. Los distintos comerciantes ofrecían todo tipo de alimentos y utensilios, tejidos y calzado, prendas confeccionadas listas para usar. Había incluso leñadores que vendían su leña para hacer fuego, cosa que llamó la atención de ellas poderosamente, pero aquello no era el valle, el bosque quedaba lejos y pronto comprobaron que era normal que existieran.

La mujer y la niña observaban todo arrebatadas. Cualquier pequeña baratija o quincalla tenía interés para ellas.

–Mira, hija –decía por ejemplo Melusiana– qué hermoso calzado para tus pies. Se llaman chapines. Una dama rica que tuvo que visitar tenía unos. Pero, ¿te atreverías a caminar con su alta suela?

O también:

–¿Y estos sombreros? ¡Qué maravilla! Mandaría al diablo tu pañoleta y mi toca ante una preciosidad semejante.

De pronto un delicioso aroma les llegó tentador y con aspecto de instalarse de manera permanente. Procedía de un tenderete cercano en el que una joven moza freía tortas dulces en espumosa manteca, ayudándose de una paleta. Y ellas estaban sin desayunar.

—¡Ay Melusiana, tortas! —dijo La Nena relamiéndose—. ¿Sabrán tan ricas como las que tú me solías hacer?

Melusiana sonrió.

—Vamos a comprobarlo.

Se acercaron al puesto con dificultad, esquivando el tumulto de gente que abarrotaba el mercado, con las manos fuertemente enlazadas para no perderse. Cuando lo consiguieron, Melusiana preguntó el precio.

—Blanca y media la unidad; un maravedí el par. Se ahorra vuestra merced una blanca llevando el par.

Tenía razón la moza, dado que un maravedí se componía de dos blancas y, bien pensado, era ventajoso llevar el par, pero Melusiana pidió una tan solo. Tomaría un trozo de la de La Nena y sanseacabó.

La Nena atrapó golosamente la torta dulce que la tendera del puesto le ofrecía y Melusiana sacó la bolsita de cuero. Al abrirla, las monedas tintinearón y la media onza de oro refulgió, ostentosa, en el fondo de la bolsa.

Pero fue visto y no visto. Una mano ágil se apoderó de la bolsita de cuero, con tanta rapidez y destreza que para cuando se dieron cuenta, el dueño de la mano ágil había desaparecido entre la gente.

Y ni siquiera habían pagado la torta.

La primera reacción de Melusiana fue gritar.

—¡Al ladrón, al ladrón! ¡Nos han robado! ¡Se llevan nuestras monedas!

La muchedumbre las miraba, se acercaba; algunos las rodeaban, intentaban ayudarlas. Pronto Melusiana comprendió que alborotar en un sitio tan grande y tan repleto no iba a devolverles su dinero, muy al contrario, lo único que habían conseguido con ello era revolver al gentío dificultando así la búsqueda del ladrón. Melusiana sopesó asimismo las posibilidades que existían de que, si seguían llamando la atención, soldados o centinelas se acercaran para auxiliarlas e interrogarlas. Había bastantes y en su precaria situación de huida, cuando todo podía ser peligroso, eso no les convenía. Por todas estas razones decidieron rastrear el mercado por su cuenta. Además La Nena creía ser capaz de reconocer al ladrón si lo encontraban, aunque solo fugazmente lo había visto, y por la espalda.

—Era pequeño, de mi edad. Y muy raro. Me fijé en su pelo. Aunque lo llevaba cubierto, se le escapaba por el gorro. Y era como el de las ovejas. Y blanco.

—¿Blanco? Querrás decir rubio —respondió Melusiana en tono irritado.

—No. Quiero decir blanco. Completamente blanco.

—Entonces no era un muchacho, sería un viejo —dijo Melusiana dudando de sus propias palabras en vista de la agilidad que había mostrado el ladrón en el robo.

—Que no. Te digo que era pequeño —repitió La Nena obstinada—. Más o menos como yo. O poco más.

Recorrieron el mercado una y otra vez, pero fue inútil. Estaba instalado en una gran plaza cuadrada con numerosas salidas a otras tantas calles de algún barrio que a ellas, como la judería, les pareció también de artesanos. Intrincado y laberíntico, podía ser sencillísimo esconderse y desaparecer en él. Rastrearon los alrededores, se zambulleron entre la masa humana que no favorecía la busca y husmearon cada uno de sus rincones. En vano. Salieron después a las afueras, extramuros de la villa por la puerta sur, allí donde la basura se amontonaba y putrefactaba. Reinaba el silencio, la soledad era absoluta y sintieron miedo, así que cruzaron de nuevo la muralla, admitiendo que no sabían ya dónde buscar.

Melusiana, desolada, dejó caer los brazos a lo largo de su cuerpo. Trató de tomar conciencia de su situación real: sin un maravedí encima, la fuga llegaba a su fin. Ni siquiera les estaría permitido recuperar sus escasas pertenencias, la ropa de abrigo, el herbolario, que habían quedado en la posada de Leona, mientras ellas no pagaran la cena de anoche y la alcoba, todo ello aún pendiente de liquidar. Se maldijo una y diez veces; cien, mil veces, por haber sido tan necia y confiada como para colocar la media onza de oro en la bolsita de cuero, junto a las otras monedas, en lugar de haberla mantenido escondida entre su ropa hasta el momento de su fraccionamiento en la casa de un banquero.

Pero tampoco podían retroceder y regresar a su valle donde si antes ya eran difamadas y señaladas con el dedo, ahora, con la iniciada huida, habían ascendido a la categoría de proscritas. Mal asunto. Melusiana se estremecía con solo pensar en ello.

Con pesimismo creciente, retornaron al mercado. Tal vez el ladrón volviera al lugar de los hechos. La tarde se abría paso poco a poco en Valladolid, el sol desfallecía consumido y rojo, y los tenderetes recogían sus mercancías y se retiraban por la presencia del frío y la progresiva ausencia de luz. Hasta el día siguiente.

Ajeno a las inclemencias horarias y en una zona un poco apartada del tumulto, un joven permanecía aún en el mercado, haciendo malabares con objetos, y se acompañaba de retruécanos y palabrería ornamental. Melusiana y La Nena se acercaron. Ahora, al resguardo de la oscuridad paulatina se había acuclillado en el suelo e incitaba a las apuestas con el clásico juego del trile. Tres cubiletes de cuero y un canto de río, no necesitaba nada más. El trile consiste en apostar, después de muchos trueques y cambios de lugar de los cubiletes, bajo cuál de ellos se encuentra la pequeña piedra. Por un módico precio cualquier paseante podía probar su suerte. Si acertaba y levantaba el vaso que ocultaba la piedra, obtenía un buen puñado de maravedíes. Si no era tan afortunado, simplemente perdía lo apostado. Muchos fueron los que animados por tan sencillo juego se lanzaban a apostar. Además el joven no tenía inconveniente en mover los cubiletes lentamente, dejando muy clara la posición de la piedra, pero a la hora de alzarlos y descubrirlos nunca había nada donde parecía y el apostante perdía siempre su dinero.

—¡Ahí, en el derecho! —decía uno—. La piedra está en el derecho.

Pero inexplicablemente el cubilete derecho estaba vacío.

–¡En el izquierdo! ¡En el del centro!

Era imposible acertar, bajo el cubilete que señalaban jamás estaba la piedra. Y eso que parecía sencillo. Muchas veces el apostante reincidía, seguro de no volver a fallar, y con ello duplicaba el valor monetario de la apuesta.

«Qué granuja», pensó Melusiana tras observarlo detenidamente, «qué perfecto granuja». Porque estaba malhumorada, cualquier embaucador inofensivo podía, en aquel momento, resultarle tan simpático como una rata de vertedero.

Con todo y con eso, estuvo un rato así, contemplando al pintoresco individuo, que le pareció una mezcla de falso caballero y auténtico sinvergüenza. Vestía como un hidalgo estafalario de la época o como un ricohombre venido a menos: sayo corto con faldones de fina badana sobre un jubón de lino de amplios cuellos bordados; calzas anchas y almohadilladas por los muslos, medias ajustadas, muy desgastado y apolillado todo, a excepción del sayo, y en los pies, unos viejos aunque lustrados escarpines de blanda y flexible piel. Melusiana no pasó por alto el ridículo acuchillado de sus calzas, tan de moda en indumentarias nobles, pero tan fuera de lugar en él. Parecía como si hubiera ido recopilando prendas que luego había colocado sobre sí sin ningún tipo de concierto o armonía.

–Eh, joven –dijo al cabo de un rato, acercándose–. Yo puedo decirte dónde se encuentra la piedra.

El joven levantó la mirada que recayó en quien le hablaba. Una señora, no muy mayor, con una niña, seguramente su hija, determinó, calculando. Sin embargo y aunque apenas quedaba luz, pudo advertir en los profundos

ojos de la mujer algo que le pareció desconcertante. El público había desaparecido, dada la hora, y ya no quedaba nadie para apostar.

—Cuesta una blanca la apuesta, bella mujer, y si vuestra merced gana, podrá comprarle a esa hermosa niña un gran cucurucho de dulces —respondió haciendo gala de su prodigiosa charlatanería.

Melusiana no tenía nada con qué apostar. Estaba realmente *sin blanca*. Claro que, no era el estímulo de apostar lo que la había motivado a acercarse.

—La piedra se encuentra en tu mano, solo ahí, y si eres valiente, deja que sea yo quien levante los vasos.

Y no apartó la vista de sus ojos ni un instante mientras lo decía.

El joven, antes lenguaraz, ahora enmudeció de golpe y apretó los labios entre el temor y la furia.

—Quién eres y de dónde vienes —inquirió—, y cómo es que conoces el juego.

—Desenmascarado te he —rio Melusiana sin ganas—. ¿Qué esperabas? Lo raro es que aquí aún no lo hayan hecho. En mi tierra algo así no engañaría a nadie.

—¿Sí? ¿Y cuál es tu tierra? —dijo el joven afrontando su mirada.

—Mi tierra es el norte, la zona montañosa del septentrión. Tierra de gentes sagaces.

—¡Ah! Tierra de brujos...

Luego se estudiaron fijamente. Aquella mujer buscaba algo y de alguna manera él ahora estaba obligado a ayudarla.

—¿Qué buscas? ¿Qué quieres de mí?

–Ni dulces, ni dinero. Una respuesta tan solo.

–¿Una respuesta?

–Una respuesta a una pregunta.

El joven se levantó. Era terriblemente alto. Se plantó ante Melusiana dispuesto solo a escucharla, no aún a colaborar y Melusiana procedió a contar el suceso del robo, especificando que lo que quería saber era el paradero del ladrón, un muchacho del que tenían una pista irrefutable: su pelo, rizado como la estopa y completamente blanco. Ella estaba convencida de que todos los pícaros y rufianes de Valladolid se conocerían entre sí y por ese motivo se encontraba abordándole. Desde luego él no tenía la obligación de ayudarla, ahora bien, ella no garantizaba ser capaz de guardar el secreto de los vasos y la piedra...

–¿Pelo blanco, dices? –preguntó el tahúr-. ¿O rubio quizás?

–No, nada de rubio –respondió Melusiana–, he dicho blanco, rizado y blanco.

Y señaló a La Nena como testigo ocular, que a su vez asintió con vehemencia.

El joven entornó los ojos. Recapacitaba. No quería problemas. El negocio le iba bien, hasta la fecha, y no siempre era así. Debía intentar mantenerlo.

–Es posible... que lo conozca... no estoy seguro... pero si se trata de quien yo creo....

Les dio una dirección, advirtiéndoles de que debían acudir allí por la mañana, muy temprano, antes de que el Albino abandonara la barriada, pues a lo largo del día el lugar era un hervidero inseguro de gente maleante y peligrosa.

–Suponiendo que el ladrón que buscáis sea el Albino –añadió.

El Albino. Melusiana tuvo que pedir al joven que le explicara qué significaba exactamente esa palabra en castellano. Al despedirse, preguntó:

–¿Cómo te llamas?

–Me llamo Fausto Polonio Cornelio –dijo aquel joven evidenciando un nombre tan estridente como su propia ropa–, pero puedes llamarme Fapo.

–Bien. Pues que sepas, Fapo, que no hallarás lugar sobre la tierra ni bajo de ella donde puedas esconderte si me mientes.

Fapo era un real mozo, alto y corpulento como un titán, y no entendía por qué en ese momento se mermaba un poco. Tal vez porque la mirada de Melusiana despedía el brillo plata del filo de una navaja.

Luego la mujer y la niña se dirigieron a la posada, aceptando que deberían permanecer en Valladolid al menos un día más de lo previsto.

Marisol Ortiz de Zárate

Reside en Vitoria, su ciudad natal. Su inclinación a la lectura la llevó a experimentar en el campo de la escritura y en 2002 publicó su primera novela: *Los enigmas de Leonardo*, de contenido histórico. En Editorial Bambú tiene publicada *La canción de Shao Li*, que ha recibido numerosos éxitos de crítica. Aficionada a los viajes, se documenta in situ y recorre los lugares de sus novelas como si de un personaje se tratara. Es autora además de varios cuentos infantiles. Su obra ha sido galardonada con varios premios de relato corto en diversos certámenes literarios.

Bambú Exit

Ana y la Sibila

Antonio Sánchez-Escalonilla

El libro azul

Lluís Prats

La canción de Shao Li

Marisol Ortiz de Zárate

La tuneladora

Fernando Lalana

El asunto Galindo

Fernando Lalana

El último muerto

Fernando Lalana

Amsterdam Solitaire

Fernando Lalana

Tigre, tigre

Lynne Reid Banks

Un día de trigo

Anna Cabeza

Cantan los gallos

Marisol Ortiz de Zárate

Ciudad de huérfanos

Avi

13 perros

Fernando Lalana

Nunca más

Fernando Lalana
José M.^a Almarcegui

No es invisible

Marcus Sedgwick

Las aventuras de George Macallan. Una bala perdida

Fernando Lalana

Big Game (Caza mayor)

Dan Smith

Las aventuras de George Macallan. Kansas City

Fernando Lalana

La artillería de Mr. Smith

Damián Montes

El matarife

Fernando Lalana

El hermano del tiempo

Miguel Sandín

El árbol de las mentiras

Frances Hardinge

Escartín en Lima

Fernando Lalana

Chatarra

Pádraig Kenny

La canción del cuco

Frances Hardinge

Atrapado en mi burbuja

Stewart Foster

El silencio de la rana

Miguel Sandín

13 perros y medio

Fernando Lalana

La guerra de los botones

Avi

Synchronicity

Víctor Panicello

La luz de las profundidades

Frances Hardinge

Los del medio

Kirsty Appelbaum

La última grulla de papel

Kerry Drewery

Lo que el río lleva

Víctor Panicello

Disidentes

Rosa Huertas

El chico del periódico

Vince Vawter

Ohio

Ángel Burgas

Theodosia y las Serpientes del Caos

R. L. LaFevers

La flor perdida del chamán de K

Davide Morosinotto

Theodosia y el báculo de Osiris

R. L. LaFevers

Julia y el tiburón

Kiran Millwood Hargrave
Tom de Freston

Mientras crezcan los limoneros

Zoufka Katouh

Tras la pista del ruiseñor

Sarah Ann Juckes

El destramador de maldiciones

Frances Hardinge

Theodosia y los Ojos de Horus

R. L. LaFevers

Ánima negra

Elisenda Roca

Disidente y perseguido

Joe F. Daniels

El gran viaje

Víctor Panicello

Los cuentos de Lesbos

Ángel Burgas

Un detective improbable

Fernando Lalana

La isla de los susurros

Frances Hardinge

Leila y la zorra azul

Kiran Millwood Hargrave
Tom de Freston



Cuatro personajes recorren a pie los caminos de la España gloriosa y en plena expansión de 1539 que, sin embargo, les rechaza porque los cuatro huyen de algo: una mujer que escapa de su pasado; una niña que deja atrás la infancia; un negro marcado por su condición de albino; un joven estrafalario en busca del amor...

Sus historias ocultas se descubrirán al hilo de las aventuras –alegres unas, dolorosas otras, trepidantes todas– que jalonan la huida.

Pero al igual que en un laberinto de espejos, lo que se ve no siempre es real y las situaciones se resuelven de manera distinta a como se espera.

